EL LAICADO DOMINICANO DEL BUENOS AIRES COLONIAL. TRADICIÓN Y MODERNIDAD

LUCRECIA IJENA

lucreciaijjena@yahoo.com.ar

*Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino
Argentina*

Resumen:

Las asociaciones religiosas de laicos que se desarrollaron en Buenos Aires constituyeron espacios de la Iglesia para dar cuidado y sostén al modelo religioso implantado por la corona española, comportándose como herramientas para administrar el orden moral y sociopolítico de las colonias. En este sentido, la Tercera Orden Dominicana permitió una relación armoniosa entre la necesidad de penitencia y la vida ciudadana, entre la Iglesia y las élites. Conformó un ámbito de sociabilidad y fraternidad que posibilitó una mejor inserción social y la obtención de beneficios y privilegios.

Dentro del marco de la crisis política de 1810 y de las reformas borbónicas, quedó sometida a las tensiones emergentes de la caída del régimen colonial y de la piedad ilustrada. Dichas circunstancias determinaron su intento por reafirmar su identidad para acomodarse a las nuevas perspectivas históricas. No se trató de un quiebre institucional, de una ruptura con el orden establecido, pero sí de una redefinición del espacio social y religioso. Desde esta perspectiva, la intención del trabajo es destacar el desafío institucional a fin de acomodarse a las nuevas formas de religiosidad, preservando su prestigio y tradiciones. Como soporte documental fueron utilizadas fuentes inéditas del archivo de la Hermandad Seglar Dominicana.

Palabras claves: Tercera Orden, Religiosidad, Privilegios, Tradición, Modernidad.

Abstract:

The laic religious associations formed in Buenos Aires constituted the Church's spaces to give care and support to the religious model established by the Spanish Crown. They worked as tools to manage the moral and sociopolitical order of colonies. In this sense, the Third Dominican Order achieved an harmonious relationship between the need of penance and the civil life, between the Church and the elites. It conformed a space of sociability and brotherhood which made possible a better social insertion and the obtaining of benefits and privileges.

Inside the frame of the political crisis of 1810 and the Bourbon reforms, quietly subdued to the emerging tensions of the fall of the colonial regimen and of the illustrated piety. Said circumstances determined its attempt to reaffirm its identity to fit its new historic foreshortenings. It was not an institutional break, of a division with the established order, but it was a re-definition of the social and religious space. From this perspective, the intention of this work is highlighting the institutional challenge in order to fit his new kinds of religiousness, preserving the prestige and traditions. Unpublished sources of the file of the *Hermandad Seglar Dociminica* were used to support the present work.

Keywords: Third Order, Religiousness, Privileges, Tradition, Modernity.

PRESENTACIÓN

A comienzos del siglo XIX, la sociedad porteña se vio hostigada por la crisis de la ruptura política y por el impacto del programa de reformas propuesto por los Borbones en sus colonias de ultramar. En estas circunstancias, los proyectos de modernización liberal, inscriptos en el marco de la Ilustración, encontraron un espacio viable para la transformación de las instituciones que regían la vida política, económica y religiosa de la sociedad del denominado Antiguo Régimen. Dentro de este contexto, las diferentes asociaciones religiosas vinculadas espiritualmente a las órdenes regulares, cuya fructífera labor fue visible durante la evangelización de América, quedaron inmersas en la agonía del modelo religioso y en las tensiones emergentes de la caída del régimen español.

Sobre el Río de la Plata sabemos muy poco en torno a la recepción, asimilación y resistencia a dichos proyectos. Por ejemplo, en la esfera ideológica ¿Es posible hablar de una “modernidad católica”? ¿De qué manera los diversos actores sociales resistieron y se enfrentaron a tales medidas? ¿De qué manera fueron partícipes y colaboradores de las mismas? A partir de este cuestionamiento se abordará el análisis de la compleja situación que enfrentaron las instituciones coloniales cuando no todas dieron su aceptación unánime a aquellas medidas que socavaban sus privilegios e intereses.

Para el caso particular de nuestro estudio, la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo¹ - en adelante VOT - los efectos de la crisis, y la acción demo-

¹ Actualmente denominada Fraternidades Laicales de Santo Domingo, constituye una de las tres ramas en que se divide la Orden de Predicadores o Familia Dominicana - la primera,

ledora de la Reforma sobre las órdenes religiosas, determinaron su intento por reafirmar su identidad y protagonismo dentro de los sectores de élite, a la vez de acomodarse a los nuevos marcos de religiosidad que amenazaban su continuidad y vigencia. A partir de estas reflexiones, la intención de este artículo es destacar el proceso de adaptación de la VOT a las nuevas formas de religiosidad del siglo XIX. Dentro de esta perspectiva se pondrán de manifiesto las gestiones de sus más comprometidos representantes en cuanto a la defensa y sostenimiento de las tradiciones y carisma de la Orden Dominicana². La identificación de sus miembros y de las redes familiares que se formaron bajo su amparo constituyen, no sólo un singular testimonio sobre su deliberado interés por defender un *status* privilegiado dentro de las élites porteñas, sino también, el deseo por preservar su identidad en el marco del catolicismo español.

Para una mejor comprensión sobre el desarrollo y trayectoria de esta institución de origen seglar, que cimentó las bases del laicado dominicano, fue necesario retrotraer la mirada a sus orígenes en el Buenos Aires colonial del siglo XVIII. Como soporte documental fueron utilizadas las fuentes inéditas pertenecientes al Archivo de la hoy denominada Fraternidades Laicales de Santo Domingo³.

los frailes; la segunda, las monjas de clausura o vida activa y la tercera formada por laicos. A su vez, entre los terceros, cabe distinguir dos familias: la de los regulares, que integra a su vez a las/los religiosos/as consagrados/as (con los tres votos y hábito) y los/las beatos/as (con voto de castidad y hábito descubierto) y aquellos laicos, hombres y mujeres, que, casados o solteros, llevan una vida inmersa en la cotidianidad social, pero sujetos a una profesión solemne y perpetua y normalmente con hábito cubierto. Igualmente la Orden estaba abierta a presbíteros seculares y frailes y monjas de otras órdenes, los primeros como terceros efectivos e incluso con funciones de gobierno y los segundos, a fin de obtener las muchas gracias e indulgencias concedidas a la tercera orden.

² Sobre dicha temática, véase ROSA MARÍA ALABRÚS (ED.), *Tradición y Modernidad. El pensamiento de los dominicos en la Corona de Aragón en los siglos XVII y XVIII*, Madrid, Silex Universidad, 2011.

³ Uno de los mayores inconvenientes para abordar dicha temática ha sido la escasez documental y la falta de bibliografía existente sobre ella, no sólo en el ámbito de Buenos Aires, sino también, en el de otras provincias. Por mi parte, agradezco al Sr. Jorge Olmos, actualmente presidente de la Fraternidad, haberme facilitado la consulta del Archivo, al momento sin clasificar y en muy mal estado de conservación.

1. LA TERCERA ORDEN DE PENITENCIA. UN ESPACIO DE PODER Y PRESTIGIO

La participación de los laicos en la vida religiosa de Buenos Aires se hizo evidente durante el siglo XVIII con la fundación de diferentes tipos de asociaciones de laicos vinculadas espiritualmente a las principales órdenes religiosas. Cofradías, Hermandades, Órdenes Terceras⁴, y conventos de monjas⁵ se constituyeron en canales devocionales capaces de contener las manifestaciones piadosas de la sociedad colonial, inmersa en un régimen de cristiandad. En este sentido, y para una mejor comprensión desde la mirada contemporánea, podríamos analizarlas como modelos corporativos de organización civil, donde sus integrantes expresaron sus vivencias religiosas y culturales, gravitando en el mundo exterior como referentes y espejo de una vida de perfección y factible para alcanzar la salvación eterna. Desde lo social, fueron soportes de la Iglesia para dar cuidado y sostén al modelo religioso implantado por la Monarquía española, comportándose como herramientas para administrar y configurar el orden moral y sociopolítico de los territorios de ultramar.

Bajo la guía y compromiso espiritual de la prestigiosa Orden de Predicadores, la VOT dominicana⁶ fue un marco de convivencia que permitió conciliar la vida espiritual de las élites con la vida cotidiana en los diferentes marcos de sociabilidad colonial. Se esforzaron por vivir una auténtica comunión fraterna otorgando asistencia espiritual y material a los hermanos, participando en obras de bien común y en la difusión de la fe cristiana, trascendiendo

⁴Un preciso y completo trabajo sobre la Tercera Orden Dominicana de Sevilla, véase en: CARLOS ROMERO MENSAQUE, "La ilustre y venerable Orden Tercera de la Milicia de Jesucristo y Penitencia de Nuestro Padre Santo Domingo de Guzmán del Convento Casa grande de San Palo de Sevilla. Breves notas sobre su historia en el siglo XVIII", en: J. RODA PEÑA (DIR.), *XI Simposio sobre Hermandades de Sevilla y Provincia*, Sevilla, Fundación Cruzcampo, 2010, pp., 207-244. Para el caso de la Tercera Orden Franciscana de México, véase: JUAN B. IGUINIZ, *Breve Historia de la Tercera Orden Franciscana en la Provincia del Santo Evangelio de México desde sus Orígenes hasta Nuestros Días*, México, Editorial Patria, 1951.

⁵Sobre el universo femenino en el espacio religioso y devocional de la Colonia, véase: ALICIA FRASCHINA, *Mujeres consagradas en el Buenos Aires Colonial*, Buenos Aires, Eudeba, 2010.

⁶La Tercera Orden tuvo sus orígenes en el movimiento devoto de laicos que nació en Europa durante siglo XIII, adquiriendo un gran desarrollo con la presencia de los franciscanos y dominicos. Frente a la herejía del pueblo cátaro, y a la crisis de valores que amenazaba las tradiciones cristianas, la institución de los hermanos terciarios se constituyó para restablecer los valores de la comunidad católica a través de una vida de conversión y penitencia. Inspirados en el carisma de Domingo de Guzmán, buscaron su santificación personal y la salvación del prójimo a través del cumplimiento de su Regla y Constituciones. Como beneficio de esta relación accedían al beneficio de sepultura y honras fúnebres y a las indulgencias de la Iglesia.

más allá de los meros fines espirituales. Desde su fundación en Buenos Aires, el 1º de julio de 1726⁷, y a dos años de la creación de la Provincia Dominicana de San Agustín de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay, la VOT ejerció una decisiva participación en la consolidación y vigencia del modelo religioso sustentado por la Monarquía española. En este sentido, fue una opción de convivencia a la que recurrió el estamento más calificado de la ciudad porteña, circunstancia que ha permitido calificar al grupo de hermanos terciarios dentro de las redes de “Antiguo Régimen”, vinculadas principalmente a las actividades comerciales y a la administración colonial, y que se perpetuaron durante largo tiempo en el gobierno de la Institución.

El crecimiento de Buenos Aires y la afluencia de numerosos inmigrantes españoles determinaron favorablemente el desarrollo de las órdenes terceras⁸. Fue el ámbito urbano el más propicio para participar del complejo entramado de las redes sociales y de los beneficios que se desprendían de los negocios mercantiles, íntimamente vinculados a los influyentes benefactores de la Hermandad. Junto a ellos, un amplio sector de funcionarios del gobierno, de las milicias y de la administración colonial, participaron junto a sus familias del *status* y privilegios que les acreditaba la identidad de hermano terciario⁹. Los sumos pontífices, desde Honorio III hasta Pío XII, le han otorgado innumerables exenciones y derechos, tanto civiles como eclesiásticos, y la han enriquecido con los beneficios de perdones, indultos, indulgencias y gracias espirituales como no lo han tenido ninguna asociación o hermandad en esos tiempos.

La reconstrucción genealógica de algunos de sus miembros, a pesar de las dificultades impuestas por la penuria y deterioro documental existente, posibilitó reconocer a prestigiosos oficiales de milicias, comerciantes y funcionarios

⁷ Sobre el origen y desarrollo de la Tercera Orden Dominicana en Buenos Aires, véase: LUCRECIA JIJENA, *La Venerable Orden Tercera de Santo Domingo. Presencia en Buenos Aires durante el siglo XVIII*, Tucumán, Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, 2006.

⁸ Durante el período en estudio, las de mayor importancia, en cuanto a su popularidad y prestigio, lo constituyeron en Buenos Aires la de San Francisco y Santo Domingo, además de las ya existentes, Betlemítica y de Mercedarios. Sobre la influencia de las familias de terciarios en la vida cotidiana de la comunidad porteña, véase: JAIME PEIRE, *El taller de los espejos. Iglesia e Imaginario, 1767-1815*, Buenos Aires, Claridad, 2000 y SUSAN SOCOLOW, *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991.

⁹ Sobre los privilegios de autonomía jurídica y exenciones de que gozaban los hermanos terciarios desde el siglo XIII, véase: NORA SIEGRIST Y LUCRECIA JIJENA, “Dos órdenes terciarias en épocas de la Colonia. San Francisco y Santo Domingo”, en: *Archivum XXIII*, Buenos Aires, Junta de Historia Eclesiástica Argentina, 2004, pp. 149-165.

de la administración colonial. Esta conformación le permitió acceder a la administración de capellanías y mandas pías otorgadas por vía testamentaria, posibilitándole acrecentar su patrimonio y participar en incipientes actividades financieras y en obras de bien común, a la vez que mejorar las retribuciones en los oficios religiosos. A modo de ejemplo, se destacarán los miembros más influyentes en su gestión a favor de la vigencia de la Hermandad durante las primeras décadas del siglo XIX. Si bien muchos de ellos manifestaron su adhesión al proceso revolucionario de 1810¹⁰, desde lo confesional asumieron un rol conservador y eminentemente ligado a la elite católica porteña. En este sentido, y fruto de una sostenida defensa de sus tradiciones, constituyeron un baluarte frente a la amenaza del secularismo y de otras corrientes que, como el regalismo y la masonería, hostilizaban en Europa las bases doctrinarias y posiciones de la Iglesia.

La documentación existente nos da cuenta de numerosos testimonios sobre el fervor de algunos hermanos terciarios por sostener la vigencia de la VOT, asumiendo su compromiso como defensores de la fe católica. Como ejemplo de esos sentimientos encontramos las reflexiones de Mariano de San Juan, quien se expresaba en los siguientes términos:

Los esfuerzos de mis hermanos por su Orden no tienen imitación por ninguna de las corporaciones de seglares de esta ciudad, sin embargo, sus afanes y empeñoso celo, dan apenas un escaso sobrante en las cuentas anuales [...] pues la luminaria es de solo los dos pesos de papel anuales que el mayor número paga muy dilatadamente [...] De este modo imitaremos la caridad del Santo fundador que quiso con su Tercera Orden hacer religiosos a todos los sexos y condiciones, sin quitar los estados, porque tenemos presente que si no hay Albigenes que combatir, hay pasiones que vencer, y que las corporaciones

¹⁰ En el histórico Cabildo Abierto de 1810 estuvieron presentes numerosos integrantes de la VOT, como los sacerdotes Juan Nepomuceno Solá y Domingo Estanislao Belgrano, el doctor Ángel Sánchez Picado, José Santos Inchaurregui, Francisco Antonio de Letamendi y Miguel Jerónimo Garmendia. En lo referente a la colaboración con insumos durante las maniobras del ejército del general Manuel Belgrano, encontramos a los terciarios Francisco Antonio Candiotti y Gregoria Pérez de Denis, quienes pusieron a disposición del prócer sus haciendas y bienes de Santa Fe y Entre Ríos. Para el tema, véase: RUBÉN GONZÁLEZ, "La Orden Dominicana en Argentina en el siglo XIX", *Los Dominicos y el Nuevo Mundo, siglos XIX-XX*, en: Actas del V Congreso Internacional Querétaro (México), 1995; *Monumenta Historia Iberoamericana de la Orden de Predicadores*, volumen XIII, Salamanca, Editorial San Esteban, pp. 501-521.

religiosas son cuarteles donde se forman y reclutan soldados para la Milicia de Jesucristo¹¹.

Si bien dichas expresiones corresponden a épocas posteriores, constituyen una resumida y precisa reflexión sobre la dimensión religiosa y social de la VOT como soporte institucional de la fe católica, y de su penosa situación económica en los tiempos republicanos. El término “milicia” correspondía a su misión en defensa de las verdades dogmáticas y de sus tradiciones, ya que además de su carácter penitencial, constituía una auténtica “orden” dentro de la Orden de Predicadores, incluso con su propio hábito, similar al de los frailes. Eran los denominados “mantellati” negros, como lo eran los grises para el caso de los franciscanos.

Como bien se ha enfatizado en la labor historiográfica de los últimos años, la Revolución de Mayo plasmó el carácter de la vida social y cultural del Río de la Plata en la primera mitad del siglo XIX. Fue a partir de entonces, cuando la presencia de la VOT comenzó un período crítico ante los requerimientos de otras modalidades de participación en la vida social y religiosa. Así en Buenos Aires, como en el resto del Virreinato, comenzarán a gestarse nuevos espacios de sociabilidad con la presencia de una élite ilustrada y preferentemente orientada hacia el ámbito del clero secular. Dentro de este contexto, la iniciativa privada sustituirá a las viejas estructuras asociativas y jerárquicas del Antiguo Régimen, constituyendo otros modelos comunitarios con mayor disposición hacia labores de “utilidad pública”. En adelante, las tareas benéficas, la caridad, la limosna piadosa, que bien caracterizaron los esfuerzos de los hermanos terciarios quedarán, frente a la mirada ilustrada, en la sombra de un pasado estéril e improductivo. Frente a esta nueva dimensión social¹², el ingreso a entidades de índole religioso será cuestionado y relativizado dentro de los ámbitos liberales que se van gestando en el transcurso del período revolucionario. Desde esta perspectiva, el prestigioso espacio que detentaba la VOT, donde las élites revalidaban su *status* y conformaban redes de sociabilidad, será oportunamente desplazado por un apostolado laico, mayormente

¹¹ Oficio dirigido al prior Provincial, Junta de Vocales del 1º de julio de 1842, Archivo de la Hermandad Seglar Dominicana - en adelante AHSD -, Libro V de Acuerdos y Elecciones (1832-1880), f. 164. En las citas documentales se respetará la grafía original.

¹² Sobre dicho particular, véase el trabajo de JORGE MYERS, “Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860”, en: FERNANDO DEVOTO Y MARTA MADERO (DIR.), *Historia de la vida privada en Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp.111-145.

comprometido con el bienestar social y las tareas orientadas a los centros de formación y enseñanza dentro de los marcos del clero secular. A partir de esta crisis de identidad, y a pesar de los intentos de proseguir con sus actividades, la institución terciaria interrumpió sus actividades en 1823 como consecuencia de las reformas conventuales del gobierno de Rivadavia, hasta el posterior restablecimiento de los padres dominicos en el convento de Buenos Aires por parte del gobierno de Juan Manuel de Rosas, en el año 1835¹³. A partir de entonces, la actividad de la VOT estuvo, casi exclusivamente, orientada a la administración de las mandas pías y capellanías que ya desde tiempos coloniales administraba, y a las tareas de reconstrucción del Convento y su Iglesia, a instancias de la meritoria gestión de su Prior, fray Domingo Inchaurregui. Si bien la tarea de reorganización institucional fue lenta, contó con la decidida colaboración de las familias terciarias para fortalecer el espíritu religioso y carisma dominicano en la feligresía porteña.

Otro aspecto relevante para considerar, y no menos significativo, está relacionado con las aspiraciones que determinaban los ingresos a la institución terciaria. Motivados no sólo por la búsqueda de su santificación personal y la salvación de las almas, a través del ejercicio de una vida cristiana más perfecta, también accedían, como anteriormente se ha destacado, a una pronta y mejor inserción social que los acercaba a los grupos más notables de la comunidad porteña. El sentido de pertenencia a la Hermandad, la relación con otros creyentes, la colaboración, la experiencia comunitaria de la fe, fueron los pilares que sustentaron su vigencia y protagonismo en la sociedad colonial. Dichas expectativas ya no constituían, en tiempos de inestabilidad y crisis política, un motivo de interés para el ingreso a ella, repercutiendo considerablemente en el número de aspirantes que solicitaban su admisión.

La documentación del Archivo nos da testimonios de las frecuentes negativas de sus miembros, preferentemente de aquellos que por sus actividades ocupacionales estaban más cerca de los grupos que detentaban el poder, a aceptar la responsabilidad del nombramiento de Prior, cargo que en tiempos pasados les otorgaba lustre y honor. Junto a ello, no podemos descartar la

¹³ Dichas concesiones fueron recompensadas por la comunidad dominicana al general Rosas, su esposa Encarnación Ezcurra y su hija Manuela, con el nombramiento de "Hermanos de la Primera Orden", según consta en el cuadro de Benefactores del Convento. Véase JUAN P. CORSIGLIA, "El otorgamiento del título de Basílica Menor a la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario del Convento de San Pedro Telmo de Buenos Aires", en: CYNTHIA FOLKER (ED.), *La Orden Dominicana en la Argentina: Actores y Prácticas. Desde la Colonia al siglo XX*, Tucumán, UNSTA, 2008, p. 320.

desconfianza que generaba en los grupos revolucionarios su condición de españoles, determinando, en consecuencia, circunstancias poco favorables para desempeñar cargos dentro de instituciones visiblemente identificadas con el modelo colonial. A modo de ejemplo, he creído oportuno transcribir una de las renunciaciones más significativas y relevantes que se registraron dentro de la institución, considerando la trayectoria y prestigio de quien fuera por muchos años un influyente benefactor, no sólo dentro de la VOT, sino también, en el ámbito de la política y el comercio. El 21 de mayo de 1804, José Santos de Inchaurregui¹⁴ se notificaba de su reelección en los siguientes términos:

Cuando en la Junta de Escrutinio se dignaron VV.RR. acordar que yo continuase otro año más en el distinguido empleo con que me han honrado, expuse los inconvenientes que tenía para admitir sus favores y protesté renunciarlos si insistían en ello. Ayer en la de elecciones, renové mis excusas, renunciaciones y protestas con la desgracia de no ser oído. Llevando pues a debido efecto lo que en ambas juntas expuse de palabra, hago en debida forma total renuncia del nuevo honor que se me ha hecho, para que en su virtud se sirvan VV.RR.

¹⁴ Nacido en Jugo, Alava - España, en la segunda mitad del siglo XVIII. Comerciante, Regidor, Prior de la Orden Tercera de Santo Domingo. Radicado en Buenos Aires hacia fines del siglo XVIII, de inmediato pasó a formar parte del grupo de influyentes comerciantes españoles, gozando de una próspera situación económica. Contrajo matrimonio el 10 de mayo de 1790, con doña María Josefa Ruiz de Gaona, hija del próspero comerciante y benefactor de la Orden, don Pablo Ruiz de Gaona y de doña María Elena de Lezica y Alquiza, recibiendo la considerable dote de 20.000 pesos en concepto de contribución a las cargas conyugales. Dicho enlace integró una importante red familiar vinculada al ámbito del comercio y los negocios. Partícipe de las devociones religiosas de la época, ingresó el 2 de agosto de 1792 a la Orden Tercera de Santo Domingo, donde llegó a ocupar el cargo de Prior en 1802. Su esposa y varios miembros de su descendencia de siete hijos, pertenecieron a dicha Hermandad, y también a la orden de regulares, como el caso de sor María Josefa, monja catalina, y del canónigo fray Domingo de Inchaurregui. En calidad de próspero comerciante, firmó un petitorio al Rey y demás autoridades metropolitanas, el 21 de agosto de 1790, solicitando la instalación del Consulado en Buenos Aires. Su meritoria trayectoria determinó sucesivos nombramientos como regidor del Cabildo porteño en los años 1797, 1800 y 1806; integró la comitiva del Cabildo abierto del 14 de agosto de 1806 que impuso la destitución del virrey Sobremonte, producida la primera invasión inglesa. Esta intervención le valió la designación con su nombre a una tradicional vía, actual calle Corrientes, en 1808. En vísperas de la revolución, adhirió con su voto a la destitución del virrey Cisneros y presidió la Junta de Gobierno provisoria del 22 de mayo de 1810. En su testamento del 8 de enero de 1811, eligió como sepultura el Campo Santo del Convento de Predicadores y vestir el hábito correspondiente a su condición de terciario. Falleció en Buenos Aires, el 9 de enero de 1811.

proceder a elegir Prior de la VOT en inteligencia que desde esta hora cesan y acaban las funciones que como tal he obtenido¹⁵.

Casos similares se reiteran en años posteriores, evidenciando, no sólo los tiempos adversos y las dificultades para continuar con su buen gobierno y administración, sino también las penurias económicas que atravesaban sus integrantes como consecuencia de la grave situación política, impidiéndoles distraer sus ocupaciones en dichas tareas. Dichas circunstancias condicionaron el interés por ingresar en sus filas, disminuyendo considerablemente el número de aspirantes y de aquellos que debían tomar el hábito¹⁶. A partir de 1811, y ante los efectos del derrumbe del régimen colonial, la intolerancia religiosa de los gobiernos que se sucedieron agravó la situación de la VOT, poniendo en riesgo su continuidad institucional. Las excusaciones de los hermanos prosiguieron durante los tiempos de emancipación, reiterándose los argumentos a favor de la negativa de asumir los principales oficios, especialmente el de Prior.

2. EL DESAFÍO INSTITUCIONAL FRENTE A LA CRISIS

Otro aspecto de considerable interés es el referente a los bienes de la VOT y de su disponibilidad para sumarse a las arcas de los nuevos gobiernos durante el proceso de secularización¹⁷. Al igual que la Orden de los regulares, la VOT reunió un considerable patrimonio y lo administró a través de la estrategia de someter a censo¹⁸ parte del capital existente. Mediante este procedimiento, muchas veces comparado a la actividad de la banca moderna, se aseguraba el ingreso de un capital para el sostén institucional, a la vez que posibilitaba el otorgamiento de préstamos de dinero para ayudar a sus integrantes. Esta disponibilidad de crédito, y el acceso fácil a un capital, constituyó un valorado beneficio para aquellos que ingresaban en sus filas, especialmente si

¹⁵ LUCRECIA JIJENA, "La Revolución de Mayo y el ocaso de la Tercera Orden dominicana en Buenos Aires", en: EUGENIO MARTÍN TORRES (COORD.), *Los dominicos insurgentes y realistas, de México al Río de la Plata*, México, Miguel Angel Porrúa y el Fondo José Antonio García Luque, 2011, p. 190.

¹⁶ Según la Regla de fray Munio de Zamora - séptimo Maestro de la Orden - de 1285, la pertenencia quedaba estipulada con el ingreso, toma de hábito y profesión - o promesa - y las obligaciones que se estipulaban para los Hermanos. Véase JIJENA, *La venerable...*, cit., pp.79-95.

¹⁷ Sobre dicha temática en el Río de la Plata, véase ROBERTO DISTÉFANO, *Ovejas Negras. Historia de los Anticlericales Argentinos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

¹⁸ Por censo se entendía la renta percibida por un préstamo otorgado a cambio de la garantía hipotecaria de una propiedad.

se tiene en cuenta la estructura de la economía colonial, íntimamente ligada a la tierra y el comercio¹⁹.

Sin embargo, como se ha señalado anteriormente, los comienzos del siglo XIX no fueron prósperos para sus finanzas, y la escasez de recursos repercutió en la posibilidad de dar cumplimiento a las obligaciones que, y por convenio de ingreso, debían corresponder a sus integrantes, principalmente el derecho de sepultura y honras fúnebres. Dicho beneficio constituyó un tema prioritario en los debates del Consejo, dando origen a reiteradas polémicas que afectaban su eficiente y minuciosa tarea administrativa²⁰. La documentación de estos años nos reitera la grave crisis institucional y la consiguiente imposibilidad de dar cumplimiento a los servicios obligatorios, situación que afectaba, no sólo a los que se enterraban en la Iglesia del convento, sino también, en otros sitios sagrados.

El proceso de crisis institucional se agravó durante las primeras décadas del siglo XIX con la desaparición física de los grandes benefactores del período virreinal, privando a la Institución de las cuantiosas donaciones que le dieron esplendor y prestigio²¹. A la penosa situación económica se sumó el incumplimiento o suspensión del compromiso del pago de la luminaria²² por parte de muchos de sus integrantes. Cabe destacar que esta contribución cons-

¹⁹ En las fuentes del archivo de la Hermandad sólo se han podido constatar censos consignativos, es decir de tipo hipotecario; a diferencia de la Orden Betlehemita que frecuentemente destinó su capital a censo enfiteutico.

²⁰ Cabe señalar que, a efectos de disminuir los servicios, en los casos de terciarios difuntos con mejor fortuna y disponibilidad de recursos, se determinó que los albaceas o herederos se hiciesen cargo de las disposiciones testamentarias y, en consecuencia, asumir la responsabilidad de dar cumplimiento a las ofrendas de los sufragios.

²¹ Entre los más reconocidos se encuentra Juan de Lezica y Torrezuri, y los miembros de esta red familiar de influyentes comerciantes españoles. Ella constituye un ejemplo de los sólidos vínculos de la Orden dominicana con las familias notables de Buenos Aires. Entre sus múltiples tareas benefactoras se encuentra la reedificación del templo de Santo Domingo, de quien fuera patrón y síndico. En reconocimiento a los numerosos emprendimientos en favor de la población y a la fundación de la Villa de Luján en 1755, Lezica fue nombrado Síndico Procurador, ecónomo y patrono de la nueva iglesia. En mérito a esta fecunda labor, el Cabildo local le concedió el título de Alférez Real Perpetuo. Tarea similar llevó a cabo su sobrino, Juan Antonio de Lezica y Osamiz, quien en 1786 se hizo cargo de la continuación de la obra iniciada por su tío en el actual Santuario de la Virgen de Luján. Véase JORGE CORTABARRÍA, "Don Juan de Lezica y Torrezuri, Actividades económicas y sociales de un gran comerciante", en: *Res Gesta* 22, Rosario, Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1987, pp. 53-96.

²² El término "luminaria" hacía referencia a la cuota obligatoria que debían pagar los hermanos terciarios en concepto de servicio de entierro y funerales. Los registros de pago de

tituía la principal entrada de dinero y aseguraba los servicios fúnebres para los hermanos terciarios de menores recursos, según lo establecía la Constitución de 1727²³. A fin mejorar el estado de las finanzas fue necesario implementar medidas urgentes para evitar su mayor deterioro, como surge de la asamblea del 14 de junio de 1805 presidida por el prior Joaquín de Madariaga²⁴ en donde se expusieron las dificultades que provenían del deterioro económico: “estando como estaba Nuestra Venerable Orden Tercera, tan atrasada, era necesario reunir medios de adelantarla porque de lo contrario nunca tendría fondos suficientes para el desempeño en que se hallaba [...]”²⁵.

Las tareas referentes a la administración de los recursos ocuparon el mayor tiempo en la gestión de gobierno de estos años. Dichas circunstancias determinaron la necesidad de recortar los gastos, no sólo en los servicios fúnebres como, así también, implementar severas medidas tendientes a evitar el progresivo deterioro institucional. En este contexto, correspondió al prior Martín Grandoli²⁶ en el año 1808, realizar un severo ajuste en los gastos del presupuesto. En cumplimiento de sus obligaciones, propuso recomponer las finanzas de la “indigencia y pobreza” que amenazaban la supervivencia de la Hermandad. Con tal fin, el ajuste recayó principalmente en la reducción de

las mismas constituye un valioso testimonio para conocer los listados de sus integrantes y el tiempo de pertenencia a la hermandad.

²³ Jijena, *La venerable...*, cit., pp. 81-88.

²⁴ Nació en Bilbao; hijo de Pedro de Madariaga y de Ventura Raspaldiza. Contrajo matrimonio el 25 de abril de 1802 con Carolina Eustaquia Gutiérrez Gálvez. Véase H. FERNÁNDEZ DE BURZACO, *Aportes Biogenealógicos para un Padrón de Habitantes del Río de la Plata*, volumen IV, Buenos Aires, 1989, p. 218.

²⁵ AHSD, Libro IV de Acuerdos y Elecciones (1802-1832), ff. 23-24.

²⁶ Nació en la provincia de Santa Fe (Argentina) aproximadamente en la segunda mitad del siglo XVIII. Hijo de Pedro Pablo Grandoli, natural de la isla de Malta y de María Giménez Gaitán, del Partido de los Arroyos, Parroquia del Rosario (Argentina). Contrajo primer matrimonio el 20 de agosto de 1785, con doña Juana de la Cruz de Pando; y segundo matrimonio el 14 de abril de 1803, con Dionisia Nazarre y Pérez de Asiain, porteña. Instalado en Buenos Aires desde el comienzo del proceso revolucionario de 1810, se desempeñó en el Cabildo como Alcalde de Barrio, Regidor y en 1811 como Alcalde de 2º voto. Partícipe de las tradiciones religiosas, ingresó en la Tercera Orden de Santo Domingo, donde ocupó diversos oficios hasta el de Prior en 1807. Su esposa, Dionisia Nazarre, también fue terciaria dominicana. Alistado en las filas de la Revolución de 1810, colaboró con sus bienes al sostenimiento de los ejércitos patrios y se le encomendó la tarea de recaudador de la Contribución del Comercio, el 3 de octubre de 1812. Continuó en los oficios del Cabildo bonaerense como Alcalde, Regidor y Fiel Ejecutor, hasta su renuncia por cuestiones de salud, el 25 de diciembre de 1816. Falleció en Buenos Aires en 1827. (Referencias correspondientes a la base de datos elaborada por el autor sobre los terciarios dominicos de Buenos Aires en el siglo XVIII y XIX).

las ofrendas en el servicio litúrgico, disminuyendo los montos destinados a la compra de insumos y servicios, - cirios, velas, coros, orquestas, etc.-, durante los responsos y misas. Así también, concedió la dispensa a los hermanos deudores en el pago de la luminaria disponiendo, en un Acuerdo del 12 de junio de 1808, la reducción de misas y del dinero para objetos destinados a las ceremonias religiosas²⁷. Mediante estas disposiciones se procuraba aliviar las demandas presupuestarias, a la vez que recompensar a aquellos que hubiesen servido con dedicación, y por muchos años, a la institución. Los reiterados pedidos de “individualizar” a los morosos y exigir el cumplimiento de la cuota para garantizar la solemnidad en los sufragios, constituyó un tema recurrente durante el siglo XIX. La falta de recursos se reitera en toda la documentación de estos años y enfatiza en el deseo de mantener “el lustre y decencia” de la VOT, asegurando su compromiso espiritual con la Orden de Predicadores y el cumplimiento de la Regla y Constituciones a las que debían su obediencia.

Los tiempos políticos, como se viene demostrando, no fueron favorables para el buen gobierno y sostenimiento de la Hermandad. Sumado a ello, las medidas implementadas por los Borbones tendientes a confiscar los diezmos y rentas eclesiásticas de la Iglesia, no hicieron más que agravar la situación y crear un clima desfavorable para su recomposición. La necesidad de recurrir al patrimonio de las órdenes se hizo evidente en un oficio del 11 de diciembre de 1805, dirigido por los alcaldes del Cabildo porteño, Francisco de Tellechea e Ignacio de Rezabal, al prior Joaquín de Madariaga, y según se desprende de una Real Cédula e Instrucción del 26 de diciembre de 1804, que dispuso proceder a la venta y enajenación de todos los bienes raíces pertenecientes a obras pías y capellanías, como así también, de los capitales provenientes de Censos, para su posterior colocación en la Real Casa de Amortización y Consolidación de Vales Reales. Dicha disposición se complementaba con un “escrupuloso examen y reconocimiento”, por parte de los escribanos públicos, de fincas y bienes raíces correspondientes a las iglesias, conventos y comunidades religiosas, órdenes terceras, cofradías, ermitas, santuarios, hospitales y casas de misericordia, como igualmente, de los censos impuestos sobre casas particulares en razón de capellanías eclesiásticas o legados píos, memorias, patronatos o aniversarios²⁸. En respuesta al pedido solicitado, el prior Madariaga dio testimonio del patrimonio real de la VOT, haciendo especial referencia a un Censo redimible que, y a favor de la VOT, había impuesto el piadoso comer-

²⁷ AHSD, Libro IV de Acuerdos y Elecciones (1802-1832), f. 27.

²⁸ AHSD, Legajo Cartas (1766 – 1905).

ciente y benefactor don Manuel Rodríguez de la Vega²⁹ en su testamento del 11 de enero de 1795. Con fecha 30 de diciembre de 1805, informó sobre el destino de los fondos, precisando en detalle los gastos efectuados, y destacando al finalizar su exposición que: “no tiene esta Orden Tercera más fondos ni principales de que pueda dar razón más que las expresadas”³⁰. Cabe señalar que, a pesar de los intentos de secularizar los bienes cedidos mediante la imposición de capellanías o mandas pías por vía testamentaria, éstas quedaron exentas de toda apropiación civil por el carácter jurídico que las revestía.

Siguiendo con la política reformista iniciada hacia fines del XVIII, los gobiernos que se suceden a partir del proceso revolucionario continuaron con las medidas tendientes a subordinar la Iglesia al Estado, instrumentando políticas orientadas a robustecer su posición y autoridad civil. La necesidad de incautar los bienes existentes en hermandades y cofradías, con la finalidad de darles un curso más productivo, se sostuvo bajo el argumento de: “cubrir con ellos las cuantiosas erogaciones que deben hacerse para salvar la causa del Pueblo [...]”³¹. Por su parte, la VOT en un oficio del prior doctor José de Seide, del 30 de enero de 1815, dio respuesta al pedido efectuado por el secretario de Gobierno Nacional, doctor Nicolás Herrera, en los siguientes términos:

Estas son las solas y únicas entradas fijas - se refiere a 300\$ impuestos a censo - con que puede probablemente contar la Tercera Orden, pues las demás consisten en el pago de 12\$ al año que deben hacer los Hermanos por vía de luminaria para costear sus entierros y sufragios a que está obligada la Orden Tercera por

²⁹ Nacido en La Bárcena (Santander-España) en 1722. Comerciante de profundas convicciones religiosas, se destacó por el sostenimiento de diversas instituciones de carácter social en Buenos Aires. Ingresó a la VOT de Santo Domingo, donde profesó y tomó el hábito el 27 de agosto de 1758; después de ocupar diversos oficios, desempeñó el cargo de Prior en 1761. La Casa de Ejercicios Espirituales también mereció su apoyo incondicional, legando una propiedad para su alquiler y sustento, quedando el remanente de lo percibido para la Tercera Orden, según consta en las cláusulas 4ª y 17ª de su testamento del 29 de marzo de 1791. Como complemento, dejó mandas explícitas para la asistencia de los fieles cristianos, para los pobres y encarcelados; siguiendo las modalidades de los tiempos, fundó una capellanía en 1782 para el recordatorio de su memoria póstuma. A su muerte, acaecida el 9 agosto de 1799, el Cabildo le tributó honores extraordinarios en reconocimiento a su meritoria labor benéfica. Véase ENRIQUE UDAONDO, *Diccionario Biográfico Colonial Argentino*, Buenos Aires, Huarpes, 1945, pp. 772-773.

³⁰ AHSD, Legajo Cartas (1766 – 1905).

³¹ Oficio del 11 de diciembre de 1805, dirigido por los alcaldes del Cabildo porteño, Francisco de Tellechea e Ignacio de Rezabal, al prior Joaquín de Madariaga, AHSD, Legajo Cartas (1766 – 1905).

un riguroso contrato con ellos y estas son tan eventuales y escasas, especialmente de algunos años a esta parte [...] como éstos son de rigurosa justicia, no sólo por su naturaleza, sino principalmente porque los Hermanos Terceros han contribuido y contribuyen con éste precioso objeto, para éste solo fin exclusivo, no pueden omitirse para los mismos principios de justicia porque sería defraudarlos en las intenciones con que entraron a la Orden Tercera y han contribuido hasta aquí y en el cumplimiento del contrato que ésta celebró con ellos a su ingreso; y también si los Hermanos admitiesen que ya no se hacen entierros y sufragios a los que mueran dejarán absolutamente de contribuir en lo sucesivo, nada ingresará por lo tanto a la Tercera Orden, y nada por consiguiente tendrá que entregar en lo sucesivo a beneficio del Estado³².

La situación financiera se fue agravando durante el transcurso del siglo XIX cuando la parálisis económica producida por la guerra de la independencia se hizo presente en todos los marcos institucionales. Dentro de esta etapa, cabe destacar la influyente gestión de importantes comerciantes y funcionarios de la administración colonial, cuyo compromiso con la Orden de Predicadores tiene sus raíces en las relaciones familiares con el Convento portefío desde la creación de la Provincia Dominicana de San Agustín en 1724³³. Todos ellos constituyeron una generación de influyentes personalidades dentro del ámbito de la economía y el poder de la sociedad del Río de la Plata, cuya desaparición física, hacia mediados del siglo, privó a la hermandad de sus generosas retribuciones. Corresponde a estos años la labor de José de Nevares y Trespalacios³⁴,

³² JIJENA, *La venerable...*, cit., pp. 55-56.

³³ Entre los más reconocidos se encuentran José de Nevares y Trespalacios, José Santos de Inchaurregui, Juan Antonio de Lezica, Fabián de Aldao, Francisco Castañón, Pedro Díaz de Vivar, Pedro Isidro Pelliza, José Pereira de Lucena, Martín Grandoli, Jerónimo Garmendia, José Francisco de Lezcano, Francisco Antonio de Letamendi, Joaquín de Madariaga, Ángel Sánchez Picado, Francisco de Paula Saubidet y José de Seide, entre otros. Todos ellos desempeñaron diversos oficios hasta ocupar el cargo de Prior en reiterados años.

³⁴ La familia de los Nevares y Trespalacios constituye un referente dentro de la Hermandad desde los tiempos fundacionales. Para el período en estudio la figura representativa es la de José María de Nevares y Trespalacios (1770-1853). Natural de Sanlúcar de Barrameda, Andalucía, llegó a Buenos Aires en 1784 donde ejerció una próspera actividad mercantil, a partir de sus inicios en la pulpería de su tío don Pedro de Nevares. Contrajo matrimonio en 1801 con doña Natalia Albarracín, hija del teniente coronel Juan Antonio de Albarracín, ultimado durante la segunda invasión inglesa. Motivado por una larga tradición familiar, ingresó en la Tercera Orden de Santo Domingo, donde profesó en 1787 y desempeñó numerosos oficios en el seno de la hermandad. Celoso defensor de la fe católica, inició una larga tradición de relaciones familiares con el Convento de Predicadores. Suprimido el mismo en 1823, como consecuencia de la reforma religiosa del gobierno de Bernardino Rivadavia, sostuvo con denodado esfuerzo

quien durante el ejercicio de sus reiterados mandatos en el cargo de Prior puso en evidencia la gravedad de la crisis institucional y manifestó sus deseos por rescatar y reafirmar la impronta dominicana en el ámbito devocional de la feligresía portefía. En una extensa misiva del 7 de diciembre de 1816, y que por su importancia transcribo casi totalmente, dio su conformidad a la política de ajustes en los servicios litúrgicos pero rechazó la disminución de las misas para los hermanos terceros que se sepultasen en el Convento, alegando:

He meditado con reflexión la solicitud que hace ese Venerable Consejo para la proporcionada rebaja de las siete misas rezadas que según la última contrata está obligada esa comunidad a celebrar por los hermanos finados que se sepultan en la Iglesia del Convento, y al paso que en mi se halla la mejor disposición para el alivio de la Primera Orden, considero no poder deferir a su solicitud sin que se toquen varios inconvenientes que haré presente a ese Venerable Consejo.

Si a los motivos que han causado la decadencia en que se halla la VOT se agregase el de la rebaja de las siete misas rezadas, puede creerse prudentemente que no sólo daría mérito a que se enfriase el fervor de los Hermanos Terceros que actualmente existen más, si también y con más razón que retraería la entrada de otros en la Tercera Orden que aún son pocos, tal vez los que lo hacen es porque cuentan con esos sufragios.

La experiencia así nos lo ha enseñado, y ojala que las facultades de la Tercera Orden pudieran extenderse a que los funerales de los hermanos se hicieran con otra solemnidad: que las misas fuesen en mayor número, y que en proporción las demás funciones que hace este Venerable Cuerpo fuesen correspondientes a su dignidad, pues no dudo que entonces se inflamaría la devoción lánguida de muchos Hermanos Terceros y atraería a algunos otros fieles que dejan de entrar en nuestra Tercera Orden sin duda por el abatimiento en que se halla³⁵.

No sólo se buscaba la permanencia de un reconocido y prestigioso espacio de espiritualidad, sino también, preservar su temporalidad frente a los avances de la modernidad. El tema de las honras fúnebres y los sufragios, como se ha

los compromisos de la VOT frente a la agonía institucional. Entre sus numerosas tareas benéficas se encuentran las refacciones del templo en 1840 y 1841, y en 1851 la restauración del suntuoso altar mayor. A su muerte en 1853, fue enterrado en la nave izquierda muy cerca de donde descansan actualmente los restos de su hijo Alejo, también figura relevante dentro de la hermandad, fallecido el 10 de julio de 1900. Véase RODOLFO G. DE NEVARES, *La saga de una familia asturiana, 718-1930. Historia y biografía*, Buenos Aires, De los Cuatro Vientos, 2007.

³⁵ JIJENA, *La venerable...*, cit., pp. 57.

venido señalando, constituyó en estos años la mayor preocupación de la VOT en razón de su imposibilidad de otorgarle todo el esplendor y solemnidad que caracterizó a las ceremonias de la piedad barroca.

3. LA VIGENCIA DE LA TRADICIÓN EN LA MODERNIDAD

Dentro de las modalidades que se fortalecieron durante el período virreinal, el requisito de acreditar limpieza de sangre - especialmente el de hidalguía - para el desempeño de cargos jerárquicos dentro de las instituciones vigentes, también constituyó un factor decisivo para aquellos comerciantes que habían acrecentado su posición económica y pretendían aspirar a una mejor inserción social³⁶. Si bien podían formar parte de la VOT gente de toda categoría y condición social - ya sean nativos o españoles - hubo un especial cuidado en las aptitudes y en la “buena crianza” del aspirante a novicio, quedando dicho requisito expreso en las solicitudes de ingreso. En este sentido, y después de realizar las averiguaciones pertinentes sobre el caso, se confirmaba que: “Es hijo de padres de sangre limpia, y que su vida y costumbres lo hacen acreedor a ser admitido en la VOT de Nuestro Padre Santo Domingo”³⁷.

Como ejemplo de dicha observancia, he creído necesario transcribir a modo de ejemplo un valioso testimonio que, por su contenido y diagnóstico, nos da una precisa idea de los sentimientos que aún movilizaban a los sectores del clero regular más comprometidos con las tradiciones dominicanas y con las prerrogativas de la identidad terciaria. La carta está fechada el 19 de diciembre de 1838 y corresponde a fray Juan José Paso, encargado en ese tiempo de la dirección espiritual de la VOT de Santo Domingo. Dirigida al Prelado del Convento, fray Domingo Inchaurregui, expresaba las siguientes reflexiones:

Habiendo sido informado y prevenido el Prelado del Convento por una persona respetable, y constituida en las principales dignidades del país, de que en la VOT. de Nuestro Padre Santo Domingo se han recibido sujetos que por causas

³⁶ El concepto de limpieza de sangre implicaba en los años en estos tiempos ser cristiano blanco sin mestizaje con moro, judío, negro, indio o condenado por la Inquisición. Durante el período colonial constituyó un requisito indispensable para ocupar cargos en las instituciones civiles y militares, costumbre que se hizo extensiva para los ingresos a las terceras órdenes. Véase una precisa exposición sobre el tema en: LUIS LIRA MONTT, “Introducción al estudio de la nobleza en indias”, en: *Conferencia inaugural de las Jornadas Hispanas sobre Genealogía: La Nobleza en Indias o el Patriciado criollo*, Córdoba, Argentina, 2004.

³⁷ AHSD, Solicitudes de Ingreso, s/f.

infamantes han sufrido presiones públicas, y consultando como debe por oficio, el honor, respetabilidad y buen nombre de dicha corporación, de quien es Prelado y Patrón, ordena que en lo sucesivo no se admita el Santo Hábito en la Tercera Orden sin haber antes precedido las informaciones de linaje, vida, y costumbres que piden las constituciones, lo cual se hará por escrito y firmadas por cinco sujetos de probidad aunque no pertenezcan a la corporación. Hechas las informaciones se le presentarán al Prelado del Convento, sin cuya aprobación y licencia no se procederá a vestirle el Santo Hábito. Notándose también el grande abuso de dar la Profesión, sin causa grave, no habiendo cumplido el año de Noviciado, ordena y manda que no se repita esto, sin obtener para ello dispensa del Prelado, a quien se presentará quien lo solicite, expresando las causas. Se exceptúan de esta observancia los que se hallen en el artículo de la muerte o los que tomasen el Hábito en enfermedad que amenaza peligro de muerte³⁸.

Una breve síntesis del estado crítico de la VOT, sumida en las transformaciones del modelo religioso y en la debilidad institucional, imposibilitada frente a sus miembros de sostener y hacer cumplir sus obligaciones en el contexto de la piedad ilustrada.

Avanzado el siglo XIX, el ámbito religioso todavía comparte la crisis de la caída del régimen español del que había formado parte. Si bien la revolución transformó las bases espirituales y sociales de la comunidad porteña, no logró despojar radicalmente a la feligresía católica de sus íntimas y arraigadas tradiciones religiosas. La sociedad de la primera mitad del siglo - como bien lo ha sostenido el historiador Roberto Distéfano³⁹ - no estaba preparada para una ruptura vertiginosa con el modelo del Antiguo Régimen, ni para involucrar a los sectores de la elite en una reforma donde no fueran compatibles las relaciones Iglesia y Estado.

Dentro del proceso de cambio que se consolida hacia mediados del siglo, las manifestaciones piadosas que caracterizaron el modelo barroco, con un despliegue colectivo de ofrendas saturadas de esplendor, se repliegan hacia posturas individuales acordes a los comportamientos racionales de la piedad ilustrada. Aunque sin desprenderse de la impronta y carisma de la Orden de

³⁸ AHSD, Legajo *Cartas*, oficio del 19 de diciembre de 1838, s/f.

³⁹ Sobre dicha cuestión, véase ROBERTO DISTÉFANO, "Orígenes del Movimiento Asociativo: de las cofradías coloniales al auge mutualista, 1776-1860", en: LUNA ELBA Y ELIDA CECCONI (COMP.), *Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990*, Buenos Aires, Edilaba Editora, 2002, pp. 23-65.

Predicadores, la familia dominicana dio muestras de aceptación e incorporación a las nuevas expresiones. Una singular descripción de esta realidad se pone de manifiesto en una misiva de 1845 correspondiente al ya citado fray Domingo Inchaurregui, notable Predicador General y Prior del Convento de Buenos Aires, dirigida a la Tercera Orden de Penitencia, y en donde manifiesta que: “obligado por su conciencia a mirar por la conservación, lustre y esplendor de las corporaciones que dependen de su jurisdicción en particular y de todas en general, para cuyo logro no omitiré medio alguno de cuantos estuvieren en mi posibilidad”. Continuando:

Siendo por otra parte, el custodio de la casa del Señor y comido o devorado del celo por el respeto y veneración que se debe al lugar Santo, no he podido menos que llorar las irreverencias y desacatos que recibe la Divina Majestad Sacramentada, especialmente en los días de grandes fiestas, y esto por dos causas principalmente. La una es, por el exceso de compostura en los Altares. Ha llegado a tal extremo la vocería que había en la Iglesia la víspera de Nuestra Madre del Rosario, que no pudiendo la comunidad rezar el oficio divino, tuvo el Prelado que acercarse a la reja e imponer silencio. No obstante, fue desobedecido y siguió el desorden. No fue esto solo, por el presbiterio y los Altares se servían mate las señoras, como si estuviesen en sus aposentos, y llegó en una la irreverencia a tal extremo, que tomó un confesionario para dar el pecho a una criatura. Omito otras muchas irreverencias que ha sufrido Nuestro Señor y que no conviene manifestar, las cuales pedían una fiesta particular de desagravios al Santísimo Sacramento.

La otra causa de grandes desacatos y que hace de las Iglesias, plazas y teatros, es el uso de la Orquesta. La comunidad se vio privada en esos días de ocupar el coro porque el secularismo toma los asientos sin excluir la Silla del Provincial, del Prior y hasta del Reverendísimo Padre Maestro General de la Orden, cuyas sillas solo se ocupan por los Señores Obispos, cuando llegan a asistir a nuestros coros [...].

No obstante, como mi ánimo es no sólo cortar los males que por desgracia hemos tenido que llorar, sino también poner un preservativo para evitar otros que por las circunstancias de los tiempos y las ideas del siglo puedan sobrevenir, he creído oportuno y muy conveniente dirigirle el reglamento dispuesto y ordenado para todas las corporaciones que dependen de nuestra Sagrada Orden⁴⁰.

⁴⁰ AHSD, Libro V de Acuerdos y Elecciones (1832-1880), ff. 163 -164.

Dicha situación, y con fundados argumentos, dio origen a la elaboración de un nuevo Reglamento a fin de implementar en las festividades religiosas de la VOT. Rubricado por fray Domingo Inchaurregui y fray Antonio Frulias, notario del Convento, establece los siguientes artículos:

Art. 1°. Con arreglo a lo que ordenan nuestras sagradas Constituciones, se prohíbe absolutamente el uso de las orquestas en todas las fiestas de la Iglesia que celebra actualmente la Venerable Orden Tercera sin excluir de esta disposición la de su esclarecido Patrón San Vicente Ferrer.

Art. 2°. Solo se dispensa y permite el uso de algunos instrumentos de música en los casos de sacar al Santo en procesión o si se estableciese el piadoso y edificante ejercicio de Terceros Domingos de cada mes, en los que deben llevar en (...) a Nuestro Santo Patrón Santo Domingo.

Art. 3°. Se prohíbe rigurosamente el exceso de compostura en los Altares, y sólo se permite el que en cada uno se puedan poner doce velas y doce (...)

Art. 4°. Se excluyen del art. Anterior el adorno de las imágenes principales de la fiesta y el Altar del Santo Patrón.

Art. 5°. Se prohíbe también poner en los Altares mesas con manos o espejos, como también, el uso de clavos que maltratan considerablemente los Altares y paredes del Templo.

Art. 6°. El Señor Prior de la Venerable Orden Tercera instruirá con tiempo al Prelado de las personas encargadas de las compostura de los Altares, y estas deberán presentarse al mismo tiempo para poderlas instruir sobre el particular y averiguar si os manteles que se ponen están vendidos, pues ya ha sucedido poner de manteles velos blancos que han tenido rezo y han vuelto a tenerlo después de haberse celebrado sobre ellos el augusto y adorable sacramento de la Misa.

Art. 7°. Se somete la ejecución de todo lo dispuesto al hermano celador de culto divino de acuerdo con el Sr. Prior.

Art. 8°. El expresado reglamento se guardará en el Archivo y al secretario antes una fiel copia autorizada la que presentará al Sr. Prior nuevamente electo en cada año para poner exacta y religiosa observancia⁴¹.

Como se ha venido demostrando, la ruptura con el modelo católico colonial constituyó un paulatino proceso de adaptación a las nuevas formas de expresión devocional. No sólo se evidencia el deseo por resguardar las tra-

⁴¹ Convento de Predicadores de San Pedro Telmo de Buenos Aires, 6 de noviembre de 1845; AHSD, Libro V de Acuerdos y Elecciones (1832-1880), ff. 164 y siguientes.

diciones que dieron prestigio a la VOT, sino también, el sólido compromiso institucional con la Orden de Predicadores en cuanto a su interés por preservar un espacio de poder y religiosidad reconocido por la Iglesia y consolidado por el fervor de la comunidad dominicana.

REFLEXIÓN FINAL

Los efectos de las reformas borbónicas alcanzaron su mayor apogeo durante el proceso revolucionario de 1810, provocando situaciones de tensión e inestabilidad dentro del marco de las instituciones religiosas. Dichas circunstancias ocasionaron un paulatino y profundo cambio, tanto en el ámbito de las relaciones sociales como en el normal desarrollo de su gobierno y administración.

En este complejo marco histórico, donde la supervivencia de cultos y prácticas religiosas comenzaron a ser hostigadas por los efectos de las nuevas formas de religiosidad y del consecuente proceso secularizador, la Tercera Orden se constituyó en un espacio religioso comprometido en la defensa del catolicismo y de sus tradiciones. No sólo se buscó la permanencia de un reconocido y prestigioso espacio de espiritualidad, sino también, preservar su identidad frente a los avances del movimiento ilustrado. No se trató de un quiebre institucional, de una ruptura con el orden establecido, pero sí de una redefinición del modelo social y religioso frente a la crisis del Antiguo Régimen. La comunidad de fieles, particularmente los miembros de la élite terciaria, continuaron con su compromiso espiritual y benefactor hacia la Orden de Predicadores, especialmente aquellos grupos familiares estrechamente vinculados al Convento portefío desde tiempos fundacionales.